

JESUS G. MAESTRO
Vigo

EL MATERIALISMO FILOSÓFICO Y LA TEORÍA LITERARIA CONTEMPORÁNEA

1. Introducción

La teoría literaria contemporánea está poblada de mitos irracionales e inconsistentes. Las principales deficiencias que pueden imputársele afectan, entre otros aspectos, a tres falacias o mitos indiscutidos críticamente y desde una perspectiva científica por completo inaceptables. La teoría literaria contemporánea se presenta como un discurso ecléctico, plural y crítico. Es falso. De ordinario es una vulgar desvertebración irracional, idealista y dogmática de la interpretación de las obras literarias, y de forma específica de los materiales literarios. Babel no es el cosmos, sino el caos. Babel y la Academia son incompatibles porque el irracionalismo y el racionalismo son incompatibles. La una es la antítesis de la otra. Babel es el lugar en el que escriben y residen los que no quieren, no pueden, o simplemente no saben *razonar*. El materialismo filosófico es una reacción contra el irracionalismo y la ausencia de criterios científicos que dominan actualmente el campo de la teoría literaria, saturada de ideologías sofisticadas, creencias políticas y mixtificaciones culturales.

Como teoría de la literatura, el materialismo filosófico traduce a sus propias coordenadas los procedimientos de otras teorías literarias, criticándolos exhaustivamente para asumirlos o discutirlos, o desmitificándolos por completo allí donde resulta necesario, hasta el punto de identificar al menos cuatro modos o procedimientos de interpretación literaria con posibilidad de vigencia en el siglo XXI: la *Filología* como

método de interpretación literaria, la *Crítica impresionista* o mundana de las obras literarias, las *Ideologías del intérprete* vertidas sobre la literatura como creencias constitutivas de un mundo histórico, político y social, y el *Materialismo Filosófico* como teoría literaria eminentemente crítica y dialéctica¹.

2. La ciencia de la literatura frente a la ideología del intérprete de la literatura

El conocimiento ideológico de los hechos tiene muy poco que ver con el conocimiento filosófico de esos hechos, y casi nada que ver con el conocimiento científico de los mismos hechos. En el marco de la llamada posmodernidad se ha desarrollado una serie de "teorías literarias", que se dan por supuestas como tales, y que en realidad funcionan como discursos ideológicos, cuyos presupuestos son creencias o ideales morales, y cuyos procedimientos no son científicos sino sofísticos. No pueden aceptarse, pues, como teorías literarias, sino como *ideologías* que un intérprete vierte sobre la literatura y sus posibilidades de interpretación, es decir, como discursos sofistas que utilizan a la literatura, o en un sentido general a cualquier tipo de discurso humano -ya que en muchos casos no disponen ni manejan ningún concepto o idea consistente de lo que la literatura es-, para justificar su posición moral o ideológica en el mundo. No hacen crítica, sino ideología. Hablan para sus adeptos, para sus clientes, no para los críticos, no para miembros ajenos a su causa. La interpretación no es para ellos un conocimiento, sino una droga, un narcótico, un opiáceo. Así, por ejemplo, puede entenderse que *cosas*, o simplemente palabras -dada la indefinición con que se manejan y exponen-, como *identidad, memoria, cultura, género, pueblo...*, sean parte esencial del opio de la crítica posmoderna. La posmodernidad ha convertido a estas cosas en cuestión de opinión, de sentimientos, de política, etc., no de racionalismo científico y crítico, sino de sofística pseudo-científica y acrítica. En virtud de esa sofística degenerativa, la interpretación de pseudo-literaturas se convierte en análisis

¹ Sobre el desarrollo de estos cuatro modos de interpretación literaria, vid. el texto de mi conferencia pronunciada en la Universidad de Varsovia el 29 de marzo de 2006, bajo el título de "El Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura". Puede consultarse en la siguiente página de internet (vid. número 062): <<http://mirabeleditorial.com/critica.html>>

ideológico de doctrinas ya dadas, en rapsodias doxográficas inofensivas, o en teologías moralmente amaneradas, cuya función, de hecho, se reduce a suministrar criterios de selección para el reclutamiento de nuevos ideólogos orientados a la reproducción del gremio y del autismo gremial. La Identidad, tal como la plantean los lenguajes posmodernos, es un mito. En modo alguno ni esos pseudo-filósofos ni esos pseudo-científicos de la Identidad ofrecen sistemas racionales de interpretación destinados a la solución material de problemas reales, pues lo que exponen son falsos problemas (sofística), que exigen soluciones también falsas. En cambio, lo que sí logran es encontrar modelos de manipulación de una gran importancia pragmática. Para la crítica posmoderna lo importante no es solucionar los problemas, sino sobrevivir a ellos mediante el control ideológico de las personas que, en el mundo acomodado, viven en la falsa creencia de ayudar moralmente a los que, en cualesquiera otros mundos, sufren sin tregua. Nada más teológico. Nada más cristiano. Las teorías literarias posmodernas son manuales de sofística en formato teológico. Así, por ejemplo, el nuevo historicismo reemplaza en muchos casos los datos del historicismo decimonónico por ideologías contrarias a las tradicionalmente impuestas, y nuevas creencias sustituyen a otras ya obsoletas, de modo que aquéllas quedan incorporadas al presente etnológico o al pretérito histórico mediante la memoria. La historia deja de ser por este camino objeto de conocimiento para convertirse en objeto de memoria, y de olvido, es decir, en objeto de ideología. No es la historia contada por los vencedores, ni tampoco por los supervivientes. Es la historia contada por los sofistas: aquellos que viviendo en la conformidad material, económica y académica del sistema, fingen criticarlo formalmente, pero no funcionalmente, es decir, con palabras, que nunca con hechos. ¿Cómo llamar a este tipo de investigadores, sino sofistas, pues son capaces de convencer con argumentos falsos? Una forma muy curiosa de practicar este modo de historicismo etnológico consiste en reconstruir una región del pasado con el fin de convertirla en una fuente o referente de sabiduría. La literatura, o sus sucedáneos materiales, se convierten entonces en una fuente de revelación o interpretación trascendental, que revela o encuentra secretos ocultos, en una suerte de espíritu sapiencial y oprimido. De este modo se reduce la literatura a una exégesis o hermenéutica que se limita a sustituir los *materiales* -que han de ser objeto nuclear de estudio científico- por el discurso, el lenguaje, la teología, el diálogo, que se destila de la mente del intérprete de turno. Se estudian así las culturas precolombinas, los pueblos celtas, el judaísmo altomedieval catalán, el último escritor nacido

hace veinte años en un pueblecito latinoamericano, o a María de Zayas, y el intérprete cifrará su misión en la hermenéutica, cada vez más *profunda*, de estas culturas o personajes sapienciales, en los que se tratará de ver el Ser, íntimo y hondo, y por supuesto trascendental, que revela la identidad de una etnia, una generación, un pueblo, una persona, un chamán, etc... El interés de estos trabajos dependerá, obviamente, de la retórica de cada intérprete y de la mística de cada lector. Es una forma -por otra parte muy ordinaria- de concebir la sustantividad del pretérito.

3. El materialismo filosófico como teoría literaria

Enmarcado en el contexto de una filosofía materialista inmersa en el presente, cuyo contenido es *dialéctico*, al constituirse en el enfrentamiento entre las diferentes formas de organización del presente, y *crítico*, al desarrollarse exclusivamente a través del análisis *racionalista y científico*, el materialismo filosófico, como Teoría de la Literatura, se basa en los cinco postulados que exponemos en el apartado siguiente -Racionalismo, Crítica, Dialéctica, Ciencia y *Symploké*-, y desde los cuales puede desarrollarse una interpretación de las obras literarias coherente con el corpus doctrinal del sistema filosófico en el que se sitúan sus principios generales². La filosofía crítica es siempre dialéctica, porque es un enfrentamiento con las ideas y con las relaciones sistemáticas entre ellas. Por su parte, la crítica (del griego *crinein*, cribar, separar) se entiende aquí como una estructura lógica, y ante todo como una operación de clasificación, discriminación, análisis y comparación contrastada. Los parámetros de la interpretación crítica son determinadas evidencias racionales, concretas, materiales, dadas en el presente, y ante las cuales es preciso tomar partido. Se trata de un conjunto de evidencias de naturaleza científica y positiva. Quien no comparta -por fideísmo, escepticismo, o simplemente por ignorancia- estos criterios racionales y dialécticos no tendrá nada que ver con el racionalismo crítico, en el sentido en que aquí utilizamos este concepto. Las ideas no se pueden hipostasiar nunca, es decir, no se pueden situar fuera del tiempo y del espacio, no se pueden descontextualizar, ya que, como se explica en el capítulo siguiente, forman parte de una *symploké* o combinación racional y ternaria de elementos. Las ideas se elaboran a partir

² Para una exposición de los postulados fundamentales del materialismo filosófico como teoría literaria, vid. nuestro opúsculo *La Academia contra Babel* (Maestro, 2006).

del contraste y de la relación, esto es, de la dialéctica, entre los conceptos, los cuales, a su vez, son elaborados por las ciencias. No se puede interpretar una determinada idea sin tener en cuenta la totalidad de los conceptos científicos que la hacen posible. Por eso la crítica literaria —como la filosofía—, es un saber de segundo grado, ya que no tiene un contenido susceptible de ser explotado o descubierto en sí mismo y por sí mismo, al margen de los conceptos que le proporcionan las teorías de la literatura, como ciencias de la literatura. La Teoría de la Literatura actúa como una ciencia de la literatura en la medida en que genera, verifica y organiza un sistema de conceptos destinados a hacer posible el conocimiento científico de los materiales literarios. Tales conceptos son nociones categoriales desde las que la Teoría de la Literatura encierra los materiales de la literatura en una categoría científica a la que convierte en *objeto de estudio*. La crítica literaria no es una ciencia, porque no genera conceptos, sino que interpreta las *Ideas* literarias (a partir del contraste dialéctico entre los *Conceptos* que le proporciona la Teoría de la Literatura y los *Materiales* contenidos en las Obras Literarias y con ellas relacionados), purificando racionalmente tales Ideas de la deturpación *doxográfica, ideológica y moralista*, cloaca de mitos, ideologías y vulgaridades de toda índole que se vierten sobre los materiales literarios, y que deforman inaceptablemente su interpretación científica. En la interpretación de la literatura no caben, de ninguna manera, los irracionalismos.

4. Definición y justificación del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea

Como método de interpretación literaria, el materialismo filosófico es una teoría de la literatura que se basa en los *principios generales de una gnoseología materialista*, teoría del conocimiento organizada en torno a la distinción materia / forma, cuyo *campo de interpretación* es el conjunto de saberes contenidos en las obras literarias y con ellas relacionados, organizados sistemáticamente como *conceptos categoriales*, y cuyo *objeto de interpretación* son los materiales de la literatura.

Es necesario distinguir aquí tres ideas gnoseológicas fundamentales: *campo, material y espacio*.

En primer lugar, desde la teoría de la ciencia propuesta por el materialismo filosófico se postula que las ciencias no tienen *objeto*, sino

campo. Campo biológico, antropológico, termodinámico, etc., son respectivamente los campos de investigación de la biología, la antropología y la termodinámica, por ejemplo. *Campo* es concepto gnoseológico destinado a eliminar el concepto de *objeto* aplicado a las ciencias. *Campo* designa aquí un conjunto de clases, de elementos enclasados, con relaciones entre ellas, de forma que se puedan establecer operaciones entre los términos o elementos de las distintas clases. Con una clase única no habría más que tautologías. En suma, el *campo* de la literatura es el conjunto de *materiales* que constituyen la *totalidad atributiva* de las obras literarias junto con las entidades en ellas implicadas o relacionadas, en la que es posible identificar diferentes conjuntos o clases de *términos* (realidades físicas con las que trabaja la teoría literaria), entre los que un sujeto operatorio establece *operaciones* interpretativas (crítica literaria), de acuerdo con sistemas, reglas o estructuras de *relaciones* lógicas (metodología literaria)³.

En segundo lugar, el *material* de una ciencia es todo aquello que puede ser físicamente objeto de estudio por parte de esa ciencia: materiales, recursos, objetos, seres humanos, formas, signos... El material de la literatura delimita las partes del campo científico que tienen relación con la ciencia en cuestión, la Teoría de la Literatura, y las que no lo tienen. Afirmar, por ejemplo, que el objeto de la antropología es el ser humano es algo ridículo, porque el ser humano también es objeto de la física, de la medicina, de la sociología, etc. Los objetos no definen a las ciencias, son los campos los que las definen. El objeto de la antropología es el *material antropológico* (un hueso humano, un hacha prehistórica, un idioma, un conjunto de relaciones sociales..., pues todos estos objetos son humanos, o resultado de la actividad humana, pero no son "el hombre"), del mismo modo que el objeto de conocimiento de la Teoría de la Literatura es el *material de la literatura* (las obras literarias; sus formas, sus referentes; las lenguas; los autores, editores, críticos, lectores; la sociedad, la historia literaria, las ideologías literarias, etc., pues todas estas entidades son materiales implicados ontológicamente en el conocimiento literario, pero no son por sí mismos, ni considerados aisladamente, "la literatura"). Cómo se define el *material* de una ciencia es algo que hay que responder desde un capítulo específico de la gnoseología materialista (Bueno, 1992, 1995).

³ Términos, Relaciones y Operaciones son los tres niveles del eje sintáctico del espacio gnoseológico.

En tercer lugar, el *espacio* de una ciencia es el lugar o dimensión en el que está incluido el *material* con el que esa ciencia trabaja empíricamente. Desde un punto de vista histórico, el *espacio* de la Teoría de la Literatura se ha interpretado como un escenario codificado o canónico en el que hay que entender la literatura desde la mimesis aristotélica, la preceptiva clásica, la retórica, la filología, la lingüística, el historicismo, el psicoanálisis, la poética de lo imaginario, los formalismos y neoformalismos, la estética de la recepción, la semiología, la sociología, la deconstrucción, los feminismos, el nuevo historicismo, el multiculturalismo, entre un largo y contemporáneo etc. Cada teoría de la literatura ha codificado y diseñado su propio *espacio* para interpretar dentro de él lo que desea entender y autoriza a interpretar como Literatura, y ha prescindido, según sus intereses, gremiales o institucionales, científicos o ideológicos, de aquellos materiales y conceptos que no satisfacen plenamente sus orientaciones, creencias o presupuestos. Algunas teorías han situado el espacio literario en un lugar metafísico, hipostasiado, como la preceptiva aristotélica del Renacimiento y el Neoclasicismo; con idéntico rigor, otras teorías de nuestro tiempo han situado el espacio de la literatura en el contexto de las ideologías, monistas y megáricas, del mundo contemporáneo, como el feminismo y el nuevo historicismo, desarrollados al lado de creencias y exigencias constitutivas de un mundo social. De cualquier modo, no es posible entender la literatura sólo desde la ciencia, la ideología, la religión o la antropología, ni tampoco desde la literatura misma, como pretendieron originariamente algunos comparatistas y más recientemente los formalistas del siglo pasado⁴. El conocimiento de la literatura requiere la comprensión del *espacio* en el que están físicamente incluidos, en relaciones y procesos constantes de *interacción, pluralidad y codeterminación*, la totalidad de sus materiales.

⁴ La literatura no se explica desde sí misma, sino que está rodeada de entidades que no son estrictamente literarias, así como de muchos otros elementos ajenos a ella. No se puede aceptar por tanto que toda la literatura sea inteligible exclusivamente desde los formalismos. La literatura no se explica por sí misma, no es absolutamente autónoma. Está inmersa en un espacio que no es exclusivamente literario, y del mismo modo que dentro de ese espacio no todo puede explicarse a partir de lo meramente literario, fuera de ese espacio envolvente, esto es, más allá de él, la literatura tampoco puede explicarse. El *espacio literario* es un conjunto de realidades que envuelven a la literatura y que no son necesariamente literarias, pero gracias a ellas los materiales literarios puede ser organizados e interpretados.

5. La práctica de la crítica literaria desde los presupuestos del materialismo filosófico

Como Teoría de la Literatura, el materialismo filosófico ha de desarrollarse en el ejercicio de la crítica literaria. No hay crítica literaria sin teoría o sin literatura, es decir, al margen de un objeto de conocimiento y de un método de interpretación. No resultará ocioso recordar que la palabra *crítica* aparece en español con un sentido moderno en *El criticón* de Gracián y en el *Teatro crítico universal* de Feijoo. Del griego *crinein*, el materialismo filosófico concibe la crítica literaria como una *criba*, clasificación, ordenación, valoración o análisis sobre el que construir una interpretación *científica* y *dialéctica* de los materiales literarios. La crítica literaria basada en el materialismo filosófico ha de ser científica y dialéctica, y no *doxográfica*, ni *ideológica*, ni *moral*. Doxografía, ideología y moral son formas *acríticas* de conducir y expresar el saber literario, frente a la ciencia y la dialéctica, que son formas esencialmente *críticas* de expresión, interacción e interpretación de saberes y conocimientos.

Es acrítico todo intento de definir la literatura o sus materiales mediante algún predicado permanente y global, tales como *identidad*, *tolerancia*, *memoria*, *cultura*, *solidaridad*, *negritud*, o cualesquiera *dises* o *ismos* (homosexualidad, mestizaje, feminismo, multiculturalismo...), entre tantos ejemplos de *palabras mágicas*, estultamente bien vistas, y políticamente correctas, porque estos predicados son siempre abstractos, y presuponen ya la ideología o las creencias que se pretende derivar de ellos. Los materiales literarios no son una esencia rígida y lineal, definitivamente dada, sino un contenido que *está haciéndose y reelaborándose* circularmente, esto es, dialécticamente, en cada experiencia que nos relaciona con ellos, a partir de un *núcleo* (la obra literaria), a través de un *cuerpo* (todos materiales literarios que, como tejidos, forman parte del cuerpo de la literatura sistemáticamente organizado: lenguaje, cultura, sociedad, autores, editores, lectores, intérpretes críticos...), y a lo largo de un *curso* (la historia de los materiales literarios, su creación, difusión, evolución e interpretación) que transmite y transforma incesantemente la forma, el sentido y los materiales de la literatura.

La *crítica* consiste ante todo en ordenar gnoseológicamente los materiales que constituyen nuestro objeto de interpretación según su contenido de realidad, es decir, según su contenido de *verdad* o *realidad material*.

La crítica ejercida desde la Teoría de la Literatura, si pretende ser consistente y consecuente con los conceptos objetivos de las formas literarias que trata de explicar, ha de estar basada en una gnoseología que tenga en cuenta los criterios de *materia*, *forma* y *verdad*, es decir, ha de estar basada en una *gnoseología materialista*. Toda disciplina es inseparable de la *materia* que *conforma*, es decir, de la *materia* que da *forma*, a su objeto de conocimiento. La Teoría de la Literatura es inseparable de los *materiales* de la literatura. A una gnoseología materialista corresponderá determinar formalmente, esto es, teórica o teóricamente, las posibilidades del conocimiento humano sobre los *materiales literarios* que constituyen el campo de investigación de la Teoría de la Literatura.

La epistemología se diferencia de la gnoseología en que la primera, como teoría del conocimiento basada en la oposición objeto conocido / sujeto cognoscente, no tiene en cuenta el problema de la *verdad*, o simplemente la da por supuesta, al margen de toda consideración crítica. Por su parte, la ontología es, como sabemos, aquella disciplina filosófica que se ocupa del estudio del Ser (del griego *ontos* y del latín *ente*), y que el materialismo filosófico prefiere denominar, estrictamente, *materia*.

La gnoseología materialista considera que la materia y la forma son realidades inseparables, aunque dissociables, es decir, no hipostasia, no convierte en metafísica, ni a la materia ni a la forma, sino que las trata como realidades sustantivadas. Como teoría de la ciencia, el objeto de la gnoseología materialista es explicar la conexión entre la *materia* de una ciencia y su *formalización* o *conformación* como tal materia específica de esa ciencia, es decir, en el caso que nos ocupa, determinaría la relación entre los *materiales literarios* y las *teorías*, *formas* o *teoremas* que los estudian, esto es, la Teoría de la Literatura, la cual permite interpretar la *verdad* en ellos contenida.

La gnoseología materialista, al desarrollarse dentro de las coordenadas gnoseológicas de *materia*, *forma* y *verdad*, constituye la denominada Teoría del Cierre Categorial (Bueno, 1995). Esta teoría de la ciencia difiere de la epistemología aristotélica, kantiana o carnapiana, porque no puede aceptar que la *forma* de una ciencia sea una forma silogística, una forma *a priori* del entendimiento, o una forma lingüística o matemática. La gnoseología materialista, en que se basa la Teoría del Cierre Categorial, busca la *forma* o *conformación* de una ciencia en los nexos esenciales que la vinculan con sus contenidos de *verdad*, los

cuales se objetivan en las concatenaciones o relaciones unitarias de sus partes o *materias*, que constituyen su unidad inmanente, la cual se fundamenta de forma efectiva en la *unidad sintética* de sus partes materiales.

En función de la verdad de las ciencias, la distinción gnoseológica entre *materia y forma* conduce a cuatro tipos de teorías gnoseológicas posibles.

En primer lugar, cabe referirse al *descriptivismo gnoseológico*, como teoría de la ciencia que sitúa la *verdad* científica en la *materia* constitutiva del campo de cada ciencia (hechos, fenómenos, observaciones...), e interpreta aquello que puede encontrarse asociado al proceso científico (lenguaje, instituciones sociales, razonamientos, libros, experimentos...) como *formas* que no contribuyen propiamente a la conformación de la verdad científica -que se supone ya dada-, sino que facilitan metodológicamente el acceso a las verdades manifestadas por las descripciones de los hechos o de los fenómenos. La idea de verdad que sostiene la gnoseología descriptiva equivale a la noción griega de *aletheia*, es decir, un des-cubrimiento de la realidad, un hallazgo desvelado de lo que es *tal como* es. La gnoseología descriptiva reconoce la presencia y función de las *formas* científicas, pero no las considera constitutivas de la *verdad* científica, y en esto se diferencia de la gnoseología materialista. Tal es el caso de la *fenomenología* de Husserl, y del primer positivismo lógico del *Círculo de Viena* (Schilick y Carnap).

En segundo lugar, hemos de referirnos al *formalismo gnoseológico*, como teoría de la ciencia que sitúa la verdad científica en el proceso *formal* de construcción de conceptos, o de enunciados sistemáticos. Se basa en una idea de verdad próxima al concepto lógico y formal de *coherencia* de las construcciones científicas. Las ciencias se conciben de este modo como sistemas o teorías hipotético-deductivas. El formalismo gnoseológico surge al renunciar inicialmente a los axiomas evidentes, o verdaderos por sí mismos, y al establecer a continuación una equivalencia entre *axiomas* evidentes y *postulados* formales, pero carentes de contenido, en torno a los cuales comienza a enunciarse un sistema coherente de proposiciones derivadas. Tal es el caso del formalismo matemático de David Hilbert, o del paradigma kepleriano, auténtica aplicación extensiva del deductivismo matemático al terreno de la Astronomía y de la Física.

En tercer lugar, el denominado *adecuacionismo gnoseológico* se caracteriza por ser una teoría de la ciencia que distingue, en los cuerpos de las ciencias, una *forma* (lingüística, conceptual, teórica...) y una *ma-*

teria (empírica, real...), y porque define la verdad científica como una correspondencia o *adaequatio* entre las construcciones formales de las ciencias y la materia empírica o real constitutiva de sus campos. El adecuacionismo gnoseológico se basa, en consecuencia, en un postulado de correspondencia, concordancia o armonía, entre dos órdenes de componentes, mediante una hipostización o conversión metafísica que resulta inaceptable desde los presupuestos materialistas.

En cuarto y último lugar, hemos de referirnos al *circularismo gnoseológico*, como teoría de la ciencia que concibe y organiza los sistemas proposicionales o causales como multiplicidades de elementos relacionados entre sí, no según un orden lineal (de principios a consecuencias, de causas a efectos), sino según un orden *circular*, en el que las consecuencias o los efectos pueden desempeñar a su vez, en un momento dado del proceso, la función de principios o causas. El circularismo gnoseológico considera que la distinción entre materia y forma de las ciencias debe entenderse como la relación entre dos órdenes yuxtapuestos, nunca hipostasiados (adecuacionismo), con el fin de construir el lugar de la verdad en la ciencia, sin negar por reducción la forma en la materia (descripciónismo), y sin negar tampoco por reducción la materia en la *forma* (formalismo), sino mediante una reducción o asimilación mutua y circular, yuxtapuesta, de la una en la otra, de modo que la forma constitutiva de la ciencia pueda presentarse como el nexo esencial de concatenación y relación, como identidad sintética, de las partes constitutivas de la *materia* de las ciencias y, por supuesto, como contenido mismo de la *verdad* científica. La gnoseología materialista es la ejecución del circularismo gnoseológico.

5.1. Contra la doxografía o crítica doxográfica de la literatura

Doxografía es todo saber o conocimiento que resulta referido, situado o aislado acriticamente en un pasado histórico, o en un presente descriptivo irrelevante como tal presente. En el ámbito de la literatura, conduce a interpretaciones insulares, históricas, acríticas, ajenas al presente, distantes de toda incidencia en el mundo contemporáneo. Es un saber acerca de los textos de Homero, Rabelais, Goethe o Pessoa, desarrollado completamente al margen de su valor crítico en el espacio contemporáneo del intérprete. El comentario doxográfico fosiliza el valor de la literatura, lo reduce a la expresión arqueológica de un mundo pretérito, históricamente consumido y críticamente clausurado. En este

sentido, la Teoría de la Literatura no debe quedar reducida, a través de la crítica literaria, a una descripción histórica y acrítica de la literatura ni de sus métodos de interpretación. La historia de las teorías literarias conforma el cuerpo doctrinal de la Teoría de la Literatura, históricamente reconocido, y que se constituye en disciplina histórica y filológica cuyo fin es el de interpretar, analizar, comparar, etc., los textos de las obras consideradas como literarias. El uso históricamente cerrado de la teoría literaria es una doxografía, es decir, un análisis filológico, comentado, hermenéutico, aislacionista, de los textos literarios. En el mejor de los casos puede llegar a ser una exposición histórica de los contenidos de la literatura. Así desarrollada, la crítica literaria es una rapsodia doxográfica. En su aplicación a los materiales literarios, esta doxografía sería una suerte de filología o hermenéutica de los textos -a ellos quedan reducidas la pluralidad, exterioridad y codeterminación de los materiales literarios- en que se codifican las emociones, las ideas, a veces también las doctrinas, de autores del pasado. Sin embargo, el saber literario no puede limitarse acriticamente a un saber doxográfico, porque la literatura es un discurso superior e irreductible a este tipo de conocimientos acrítics y pretéritos. La literatura no es un fósil. Por eso el saber literario es un saber acerca del presente y desde el presente. Es un saber de "segundo grado", porque presupone la existencia de saberes previos, de "primer grado" (poética, filología, lingüística, retórica, ecdótica...) Estos saberes previos constituyen un estado de las disciplinas literarias suficientemente desarrollado para que la Teoría de la Literatura pueda constituirse como una ciencia definida capaz de interpretar desde ellos los materiales de la literatura. La Teoría de la Literatura no es un amor a la literatura, ni nada de eso, sino un saber sustantivo, un saber en sí mismo, un conocimiento científico de naturaleza crítica y dialéctica. El saber literario es siempre un saber contra alguien, un saber que nace del conflicto dialéctico. Las ideas que interpretan la literatura surgen del conflicto dialéctico entre los diferentes conceptos que proporcionan las disciplinas literarias. Los conceptos son resultado de las ciencias, y definen categorialmente campos científicos cerrados; por su parte, las ideas son siempre objeto de una filosofía. En las universidades europeas persiste el cultivo de géneros de investigación filológico-doxográficos completamente desconectados de la literatura inmersa en los problemas del mundo contemporáneo, mientras que en las universidades americanas dominan los géneros de interpretación política completamente desconectados de la literatura, pero estrechamente vinculados a creencias, etnias e ideologías. Disponer de conocimientos lite-

rarios no equivale a saber interpretar los materiales literarios. Lo primero se llama doxografía; lo segundo, capacidad para ejercer la crítica literaria en términos científicos y dialécticos, es decir, en contra de los discursos ideológicos dominantes, que han de ser triturados desde criterios científicos, y en contra de los discursos morales "políticamente correctos" (como se ha dado en llamar), que han de ser desmitificados desde una dialéctica que demuestre su incompatibilidad con otros discursos morales, o incluso éticos⁵.

5.2. Contra la *ideología del intérprete* y la crítica ideológica de la literatura

Ideología es toda creencia o conjunto de creencias constitutivas de un mundo social. La ideología incurre siempre en la deformación aberrante del pensamiento crítico, y se enfrenta de este modo con la ciencia y con la *filosofía*. En efecto, una de las primeras transformaciones históricas que provoca el desarrollo del conocimiento científico es la crítica y la disolución del pensamiento mítico. Aún así, las cenizas de los mecanismos que generan los mitos sobreviven en las sociedades modernas y contemporáneas a la crítica de la razón -pura y práctica- bajo la forma y el contenido de las *ideologías*. Las ideologías son siempre plurales. Remiten en cada caso a una pluralidad en la que de alguna manera todas están implicadas. No hay civilización sin ideologías. Es una ficción hablar de una única ideología, como es una ficción hablar de un pensamiento único⁶. Las ideologías son representaciones organizadas lógicamente, capaces de expresar el modo en que las personas viven, comunican e interpretan la realidad en que están insertas. Al

⁵ Para un enfoque dialéctico entre *ética* y *moral*, como términos disidentes, y con frecuencia incompatibles entre sí, *vid. infra*. Una exposición global de esta dialéctica puede verse muy detalladamente en Bueno (1996).

⁶ Un pensamiento único no es cuantificable como tal, por el mero hecho de que no sería perceptible como tal. Si sólo hubiera un único discurso, no podríamos identificarlo. La unidad sólo es visible, y por tanto factible, desde la pluralidad, como mínimo, de dos pensamientos. De este modo, un discurso puede percibir al otro como una *unidad diferente* de la suya propia, pero no como una *exclusividad*, es decir, no como una realidad única, porque en ese caso el *otro* carecería de la conciencia de ser *diferente*. A esta elementalísima lección de lógica de clases todavía no han llegado quienes creen discutir, desde su anomia particular, la existencia falaz de un supuesto y paradójico "pensamiento único".

igual que los mitos en las culturas bárbaras, la ideologías contribuyen en las culturas civilizadas a asegurar la cohesión del grupo social en función de unos intereses prácticos inmediatos, es decir, de unos intereses políticos decisivos. Las ideologías incorporan materiales heterogéneos, desde los que disponen su propia justificación lógica -consecuencia del rigor impuesto por el desarrollo de los saberes críticos- ante las alternativas de otras ideologías opuestas y enfrentadas, a las que excluyen internamente y critican en público. Las ideologías asocian los Ideales (Libertad, Felicidad, Paz...) a las dimensiones psicológicas, lingüísticas, sociológicas..., del ser humano, y convierten en valores absolutos los resultados particulares y relativos que se derivan de tales asociaciones. La idea de la filosofía marxista, según la cual en toda sociedad civilizada hay una *ideología dominante* que refleja las ideas de estos grupos sociales dominantes, los cuales se las arreglan para imponerlas al resto de la sociedad por procedimientos más o menos coactivos y sofisticados, es hoy día plenamente vigente. Desde la sociología del conocimiento de K. Mannheim (1929) se considera que toda ideología es un fenómeno psicológico, una deformación o error que sufre un individuo o grupo social en alguna dimensión de su pensamiento. Algo así como un prejuicio o un conjunto sistemático de prejuicios bien organizados y justificados. Como teoría literaria, el materialismo filosófico considera que toda ideología es una especie de engaño necesario e inconsciente, una deformación intencionada y total del pensamiento. La ciencia y la filosofía, en su ejercicio racional más estricto, confieren a la *ideología* un sentido crítico y negativo. Aceptamos indudablemente que la ciencia y la filosofía no siempre están exentas de contaminaciones ideológicas, pero afirmamos rigurosamente que ninguna ideología puede identificarse nunca ni con la ciencia ni con la filosofía, disciplinas a las que siempre reconoce como discursos críticos y subversivos de los intereses ideológicos. Consideramos aquí que toda ideología es siempre una deformación aberrante del pensamiento crítico, cuya naturaleza es esencialmente científica o filosófica. Esta deformación del pensamiento crítico se advierte -de forma especial en la interpretación literaria- en dos irracionalismos fundamentales: el Idealismo y el Dogmatismo. El primero es una deformación semántica de la interpretación científica; el segundo, su imposición pragmática. Uno y otro son los dos pilares fundamentales de la crítica posmoderna (Maestro, *El mito de la interpretación literaria*, 2004).

5.3. Contra la *moralización* de la interpretación literaria y la crítica de la literatura ejercida desde la moral del intérprete

Moral es el conjunto de normas destinadas a preservar de forma organizada la cohesión de un grupo. No se puede considerar científica la teoría literaria ejercida con fines morales, cuyo objetivo es la conservación invariable y acrítica de los ideales de un determinado gremio o escuela pseudo-académica. El feminismo incurre positivamente en este imperativo, con más énfasis tal vez que ninguna otra teoría literaria del presente⁷. Con el fin de desterrar mediante criterios científicos la interpretación moral de la interpretación literaria, el materialismo filosófico distingue entre *ética* y *moral*, de acuerdo con la lógica de clases atributivas y distributivas, que equivale a distinguir respectivamente entre *disociación* y *separación* (actualización de la distinción de los escolásticos entre “distinción real” y “distinción formal”)⁸. Dos realidades son *separables* cuando pueden distanciarse e incomunicarse una de otra, esto es, cuando forman parte de una totalidad distributiva. Dos realidades son *disociables* cuando no pueden distanciarse e incomunicarse

⁷ Feminismos y nacionalismos se han convertido en los fundamentalismos más respetados, por temidos, de nuestro mundo contemporáneo. Por más que la presumen, nada de izquierda genuina hay en ellos. Marcan ante todo la diferencia y la frontera, la discriminación y la desigualdad. Hablan, además, como quien dispone de poder para hacer daño. Desean para sí la superioridad de la que han de carecer los demás. Quien vive solo o sola vive una vida de ficción. Todo nacionalismo, es decir, todo egoísmo colectivo, es un nacionalismo fabuloso. El siglo XX se cierra con la desvertebración más lamentable del pensamiento izquierdista (Bueno, 2003). Cualquier tiempo pasado fue mejor. La izquierda ha perdido la vanguardia de las ideas contemporáneas. Durante décadas, ser de izquierdas era, verdaderamente, ser progresista: confiar en el futuro, desarrollar ideas que los prejuicios de otros grupos sociales prohibían desarrollar. En todas las épocas el futuro está, por naturaleza, en las personas jóvenes. La juventud es lo único que hace cambiar la realidad. Ningún imperativo más marxista que éste. La vejez es, por naturaleza, conservadora. Chomski es hoy un hombre jubilado, un viejo ciudadano estadounidense. Saramago, un Premio Nobel (con esto está dicho todo). Walter Benjamin, Bertoldt Brecht, Herbert Marcuse, Theodor Adorno... Todos están muertos. De hecho, la “izquierda” es hoy un discurso indefinido. En el mejor de los casos, en el ejercicio de la política institucional, suele ser una *forma* cuyos *contenidos* pertenecen a la derecha.

⁸ Así, por ejemplo, los días son inseparables de la semana, pero disociables de ella. Para una explicación más detallada de estos criterios, vid. más adelante las referencias a la *symploké*, en el punto 5 de la exposición de los postulados del materialismo filosófico como teoría literaria.

entre sí, y cuando además cada una de ellas conserva siempre sus propias relaciones con otras realidades, es decir, cuando forman parte de una totalidad atributiva organizada en *symploké*. Ética y Moral son, pues, inseparables, pero dissociables, porque responden a leyes distintas: el individuo no es separable del grupo, pero sí dissociable de él. La *ética* no se define por el origen de la fuerza de obligación (que emana del grupo, del número de los individuos, es decir, de la moral), sino por el objetivo de la norma ética, algo mucho más positivo que el origen especulativo de la fuerza de obligación. Las normas éticas, por su objetivo, se caracterizan porque son normas dirigidas a la preservación de la vida de los seres humanos, al margen de cualesquiera diferencias *a posteriori* (raza, nacionalidad, sexo, edad...) Desde este punto de vista, los delitos éticos mayores son el suicidio y el homicidio, incluyendo el martirio como una de las formas de suicidio autorizada por las religiones, y la guerra como una de las formas de homicidio legalizada por las democracias. La moral, como hemos dicho, designa el conjunto de normas destinadas a preservar la cohesión del *grupo*, y no la vida de los seres humanos, sino la *unidad del gremio*, cuya expresión más inmediata puede ser la pareja (matrimonio), la familia, el clan, el pueblo, la nación, y también una empresa, una organización terrorista, o un grupo mafioso, así como sectas, iglesias, congregaciones religiosas o gremios académicos, etc., y su expresión más amplia y compleja es, de hecho, el Estado. Los individuos están siempre incluidos en un grupo, y esto es lo que precisamente da lugar a un orden moral, cuyas normas tienen el objetivo de mantener la estructura o cohesión del grupo, cualquiera que sea. Por esta razón las normas éticas (defensa de la vida humana) y las normas morales (defensa de la unidad del grupo) están en conflicto, e incluso pueden llegar a ser incompatibles entre sí. La ética es autónoma, se da en la conciencia del sujeto, y no requiere un ordenamiento jurídico para existir (vemos a alguien que está herido y tratamos de ayudarle). La moral es heterónoma, porque la fuerza de la obligación se impone desde fuera, desde un ordenamiento jurídico establecido por un grupo o sociedad. Los derechos humanos, tal como se han desarrollado tras la II Guerra Mundial, son derechos éticos. Representan un triunfo de la ética sobre la moral. Y constituyen un instrumento ideológico utilísimo. Los idealistas y los demagogos creen y hacen creer respectivamente que si se aplicaran los derechos humanos en todo el mundo se resolverían todos los problemas. Esta aplicación es imposible. Para implantar estos derechos humanos en todo el mundo habría que suprimir todos los estados, desde el momento en que los estados representan sistemas

morales, normas destinadas a la preservación de grandes grupos y sociedades humanas, que casi siempre están en conflicto con los sistemas éticos en que se objetivan los derechos humanos. Los derechos humanos no se aplican porque no se pueden aplicar materialmente, porque es imposible. Ya es un logro enorme que hayan sido aceptados, al menos teóricamente, por muchos estados. Su contenido no es nuevo, pues ya era defendido por la ética socrática o la ética cristiana. Considerar que los derechos humanos resuelven todo si los aceptamos todos es lo mismo que creer que si todos nos hacemos cristianos, o socialistas, o aristócratas, o jacobinos, o anarquistas, o islamistas, o feministas, o nacionalistas, llegará la paz perpetua o seremos felices. Es el ideal de diálogo de Habermas, la posmodernidad u otras mitologías por el estilo. Son ideas para distraerse. Es una forma de desentenderse de las cuestiones ontológicas, es decir, de la realidad. La ética tiene interés si está vinculada a la ontología, si no, es una mera receta. En suma, no se puede presentar como científica una teoría literaria ejercida desde la *Moral*, para mantener la cohesión ideológica de un gremio, por muy académico que sea, porque el resultado no será una interpretación literaria, sino ideológica, y el gremio no será académico entonces, sino pseudo-académico o babélico; ni tampoco se puede ejercer la crítica literaria desde la *Ética*, con el fin de preservar la vida de los seres humanos, por decisiva que la vida es, porque el objetivo de la teoría de la literatura es el conocimiento de los materiales literarios, y no la curación de las enfermedades, que es uno de los fines de la medicina, ni el premio a los seres solidarios o virtuosos, que es respectivamente la propaganda compensatoria de la teología secular y de la religión cristiana.

6. Dialéctica

En el contexto de la Teoría de la Literatura y de interpretación crítica de los materiales literarios, proponemos un concepto de dialéctica basado en las funciones de las contradicciones implicadas en los procesos analizados. Esta es la concepción de dialéctica que dispone de más antigua tradición académica y escolástica (Platón, Aristóteles, Kant, Hegel). Siguiendo al materialismo filosófico nos acogemos a esta concepción del término *dialéctica*, como la más concepción más consistente, dadas su precisión y magnitud.

La crítica surge al enfrentar racionalmente el acuerdo y el desacuerdo, y se organiza en el momento de explicar y exponer científicamente

camente esa dialéctica. Con frecuencia se entiende la crítica como una demolición, como una deconstrucción. Si esto fuera efectivamente cierto, el desenlace inmediato sería el nihilismo, y no resultaría posible seguir hablando racionalmente de nada. La interpretación literaria es, por su propia naturaleza, dialéctica, pero no deconstructiva o demoledora, porque pensar e interpretar es pensar e interpretar *con* la Razón *contra* alguien, no *con* alguien *contra* la Razón, y en absoluto desde el irracionalismo y contra la nada. Se puede ir contra la *interpretación* -es decir, contra la interpretación de tales o cuales sujetos-, pero no contra la *Razón*. Saber lo que un texto significa es saber contra quién está dirigido ese texto y sus posibles significados. Y sobre todo, dejar que las cosas sean como *realmente* son.

El objetivo del saber crítico, es decir, de las ciencias y de la filosofía en cuanto tales, es eliminar las *opiniones* y las *informaciones* que impiden el conocimiento (Platón, *Sofista*, 230d), destruir las creencias que obstruyen el desarrollo de las interpretaciones racionales, desmascarar las informaciones falsas, desmitificar las ideologías que imposibilitan u ocultan la verdad de la ciencia. Sofista es quien perfecciona creencias, informaciones e ideologías que impiden el conocimiento científico. Platón lo definió, literalmente, como "un purificador de las opiniones que impedían que el alma pudiera conocer" (*Sofista*, 231e). Las creencias siempre tienen más fuerza que las ideas para extenderse por sí solas. De hecho, las creencias se imponen por sí mismas, mientras que las ideas, para imponerse, necesitan de un sistema educativo eficaz ($\square \circ \circ$)(Ω)($\mathbb{N} \diamond \circ \circ$), de una organización de los criterios y métodos del conocimiento, que haga posible su ejercicio y transmisión. Es mucho más fácil desarrollar creencias que conocimientos científicos. Las creencias provocan y fortalecen ideologías, mientras que el saber crítico sólo es apto para el conocimiento científico y la desmitificación de creencias e ideologías. Uno de los secretos esenciales que explican la difusión de las doctrinas posmodernas reside precisamente aquí, es decir, en que la llamada posmodernidad es, más que un pensamiento crítico y racionalista, un conjunto variado y heterogéneo de mitos e ideologías, destinados a potenciar y fortalecer creencias dogmáticas e irracionales específicas del idealismo contemporáneo. Su idealismo reside precisamente en que son *formas* cuya *contenido* no existe, salvo en las *formas* mismas que lo inventen y recrean para su consumo babélico, cuya industria editorial, mercantil y laboral ha crecido copiosamente en las últimas décadas.

Las ideologías derivadas de la posmodernidad son ideologías propias de las clases privilegiadas, a las que no interesa en absoluto la dialéctica crítica, sino el *diálogo endogámico* y la *confusión objetiva*. Elaboradas por grupos académica y socialmente muy bien acomodados -que son los que mejor pueden *tolerar*, es decir, sufrir, resistir, lo que haga falta-, los mitos posmodernos se basan en el desplazamiento de las ideas de racionalidad y de dialéctica al mundo de las formas, al "reino de los discursos", de la retórica, del lenguaje, de la sofística, del diálogo..., todo lo cual sólo puede tener lugar en la comodidad de un espacio ideal, metafísico, imaginario, o en la invisibilidad de lo que sucede más allá de las fronteras del mundo real. El idealismo racionalista considera que la razón sólo existe en el ámbito del lenguaje, del discurso, del diálogo... Es el caso de Habermas y sus discípulos, por ejemplo. Este idealismo se manifiesta, pues, como un racionalismo nunca verificado materialmente, esto es, en la realidad efectivamente existente, y de este modo el idealismo se convierte en una ficción para el artista y en una sofística para el científico, además de resultar una creencia necesaria para el moralista que debe preservar la unidad de su grupo, y de constituir finalmente para el demagogo o el sofista un instrumento de trabajo favorito. Sofista es, en suma, el que convence con argumentos falsos.

Derrida puede encuadrarse, desde el punto de vista del *materialismo gnoseológico*, entre aquellos que realizan un reduccionismo de toda disciplina a una sintaxis. Es decir, para Derrida todo es lenguaje, forma, experiencia comunicativa, tratándose además de una comunicación arbitraria, ya que al haber significantes sin significado -si seguimos los términos de Saussure- el lenguaje no servirá finalmente para comunicarse. Este postulado acerca a Derrida a la posición de un sofista como Gorgias y su triple negación: Nada existe; si existiera, no lo podríamos conocer, *pues conocemos por palabras, no por el ser*; y si lo conociésemos, no lo podríamos expresar, *pues expresamos palabras, y no el ser*. En ese relativismo se movería un Derrida, cual Gorgias de nuestra sociedad democrática de mercado. Por otra parte, desde el punto de vista del *materialismo ontológico*, las dificultades de definición se incrementan todavía más. Dada su sofística, Derrida en particular y la posmodernidad en general se sitúan entre quienes consideran que sólo existe lo particular, lo corpóreo. Es el suyo un formalismo primogénico, en el que todo queda reducido al Primer Género de Materialidad, esto es, el *mundo físico*, pero concebido como *lenguaje*, como *forma*, dentro del cual "el hombre es la medida de todas las cosas". De

este modo, para los posmodernos la totalidad del mundo es lenguaje, experiencia comunicativa, diálogo. Incurren por este camino, en primer lugar, en un esencialismo metafísico, en tanto que sólo dan cuenta del lenguaje abstracto, desligado de todo significado, para desembocar, en segundo lugar, en el Tercer Género de Materialidad, esto es, en un formalismo terciogénico, constituido por objetos abstractos, lógicos, teóricos. Afirmar que "todo es lenguaje" lleva directamente al monismo metafísico del ser, a la materia ontológico-general (M), la misma a la que se refería Tales de Mileto cuando afirmaba que "todo es agua"⁹. Desde el punto de vista de las ideas que acabamos de exponer, las teorías literarias posmodernas constituyen la legalización del caos y la incoherencia, ya que sólo acumulan categorizaciones heterogéneas cuya única lógica reside en la sintaxis abstracta, en la metafísica de las palabras. Las teorías literarias posmodernas no son compatibles con la racionalidad crítica.

Como teoría literaria, el materialismo filosófico se desarrolla metodológicamente a través de una dialéctica, es decir, no se presenta como una doctrina axiomática lineal y rígida, que procedente de principios revelados o empíricos, trata de descubrir el "fundamento de la realidad" sin dignarse a batirse contra otras alternativas. La teoría literaria así concebida nunca se presenta como una doctrina absoluta, hipostasiada, metafísica, sino materialista. La dialéctica que la teoría literaria materialista desarrolla metodológicamente exige explicar, desde las coordenadas propias -y ahora sí para ejercer la crítica como una demolición-, toda posición que se nos presente como alternativa. No se deconstruye la razón -lo cual es imposible, salvo desde la fantasía de los mitos teológicos, metafísicos o posmodernos-, sino que se deconstruyen

⁹ Sin embargo, existen casos como el de Lyotard, quien señala que el lenguaje puede considerarse, en sus implicaciones pragmáticas, como añagaza de "los más fuertes" (Trasímaco), aunque tal experiencia pragmática nos llevaría siempre a la problemática gnoseológica, no a la ontológica. En el artículo de Bruno Cicero Poo (2005), "¿Qué es la filosofía según Deleuze", puede leerse un estudio sobre un pos-moderno como Deleuze y comprobar cómo se defiende una posición semejante a la aquí expuesta: la filosofía de Deleuze afirma que todos los problemas son conceptuales (incluso utiliza figuras míticas como el Caos para hablar del comienzo de todo), y todo ello lo decora con algunos conceptos de la filosofía hegeliana. En grandes rasgos, la posmodernidad, y los seguidores de Derrida en particular, serían una pervivencia de la metafísica idealista francoalemana, en forma de una particular revitalización de la sofística ateniense, a partir de los estudios lingüísticos de Saussure o de la filosofía del lenguaje del segundo Wittgenstein (Lyotard), con añadidos del psicoanálisis (Deleuze, Lacan).

dialécticamente, desde presupuestos racionales, críticos, científicos, las razones de la postura contraria, poniendo de manifiesto sus sofismas ideológicos, su doxografía acrítica, o sus incompatibilidades morales. Como teoría literaria, el materialismo filosófico no es una alternativa entre varias, es una alternativa *contra* otras alternativas. La crítica sólo tiene sentido efectivo desde criterios definidos. La crítica literaria derivada de estos procedimientos dialécticos no podrá ser gremial, sino todo lo contrario: no argumentará desde la defensa de un lugar para el gremio, sino en contra de las posibilidades de legitimación científica de ese lugar ideológico y moral. El objetivo de esta crítica literaria de fundamento materialista no es un objetivo teológico, moralista o de credibilidad -no dice al mundo por dónde tiene que dirigirse-; su objetivo es racionalista y crítico, para comprenderse formal y funcionalmente intercalada en el proceso del conocimiento. Como teoría literaria, el materialismo filosófico niega que pueda existir el *consensus omnium*, al desarrollarse dialécticamente, y ejercer su reflexión sobre contradicciones e inconmensurabilidades fenoménicamente dadas en los materiales de la literatura, así como sobre incompatibilidades hermenéuticamente presentes en la interpretación de tales materiales literarios.

7. Conclusión: ciencia contra ideología

Desde el materialismo filosófico consideramos que la Teoría de la Literatura es el conocimiento científico de los *materiales literarios*, es decir, el análisis conceptual y categorial de los materiales contenidos en las obras literarias y con ellas relacionados, los cuales delimitan su *campo* de investigación y constituyen su *objeto* de conocimiento, a cuya comprensión se accede a través de una metodología científica, de naturaleza *crítica y dialéctica* (no doxográfica, ni moral, ni ideológica), la cual se fundamenta a su vez sobre una gnoseología y una ontología, en el marco de una filosofía materialista, cuya teoría de la ciencia está formulada y justificada en la Teoría del Cierre Categorial (Bueno, 1995).

Una teoría de la literatura de fundamento materialista ha de discriminar positivamente desde el comienzo el conocimiento dóxico (Ω□❖⊗⊙) del conocimiento epistémico (∩⊙□)(†‡⋈❖⊙⋈), con el fin de excluir el primero de ellos -la *doxa*- de todos sus planteamientos y desarrollos metodológicos. El conocimiento dóxico es un conocimiento sobre apariencias, no sobre realidades. Se construye sobre la opinión, el relativismo, la limitación, lo superficial y lo aparente. Es un pseudo-

-conocimiento, basado, bien en la conjetura (\mathbb{N})(\odot)($\&$)(σ)(\vdots)(σ), visión desde la caverna), bien en la fe o la creencia (\square)(\vdots)(\ast)(\ast)($\<$, imágenes de la realidad solidificadas por la imaginación). Por el contrario, el conocimiento epistémico es un conocimiento científico en sentido estricto, al constituir un saber *necesario* (penetra las causas y sus fundamentos), *objetivo* (depende de la naturaleza de los objetos y no de las construcciones artificiales del sujeto), y *sistemático* (está organizado según criterios lógicos y racionales). Platón distinguió en el saber epistémico dos tipos de conocimiento: Ω (σ)(\vdots)(\square)(σ) o conocimiento discursivo (parte de hipótesis o presupuestos y deduce lógicamente sus consecuencias, procede por demostración, y su método es la matemática), y \square (\vdots)(\approx)(\circ)(σ) o conocimiento intuitivo (trabaja con ideas en sí, teoremas, axiomas..., cuya transparencia estructural las convierte en verdades evidentes).

Los axiomas de la ciencia son irrefutables, indiscutibles, no dejan libertad de elección: un triángulo es un polígono de tres lados, un endecasílabo es un verso de once sílabas métricas, por todo punto exterior a una recta discurre una paralela, etc. Contra gustos no hay argumentos; contra axiomas científicos, tampoco.

Ciencia e ideología son discursos que con frecuencia mantienen relaciones dialécticas. El primero es ante todo un *saber crítico*; el segundo, un *interés pragmático* inmediato. Desde los criterios del materialismo filosófico es posible discriminar los términos *ciencia*, *ideología* y *mitología* con arreglo a las siguientes definiciones. La *ciencia* es un conocimiento racional basado en la interpretación causal, objetiva y sistemática de la materia. Por su parte, la *mitología* es, esencialmente, una explicación ideal e imaginaria de hechos. Finalmente, la *ideología* es un discurso basado en creencias, apariencias o fenomenologías, constitutivo de un mundo social, histórico y político, cuyos *contenidos materiales* están determinados básicamente por estos tres tipos de intereses prácticos inmediatos, identificables con un gremio o grupo social, y cuyas *formas objetivas* son siempre resultado de una *sofística*.

El materialismo filosófico no puede aceptar la afirmación posmoderna de que "todo es ideología". Esta declaración es una falacia, un sofisma, una expresión que conduce hacia la construcción de un *error objetivo*. Desde una filosofía materialista no se puede aceptar que "todo es ideología", por las mismas razones que desde la Química no se puede sostener que "todo es agua", y por los mismos criterios que la Medicina no puede basarse en una afirmación según la cual "todo es óseo". En

Geología no se puede decir sin más que “todo es arena”. Sería el mismo error que afirmar en Geometría que “todo es lineal”, porque desde ese momento dejaríamos de percibir lo angular y lo esférico. Es algo tan ridículo como afirmar que en Música “todo es sonido”. De este modo, sostener que “todo es ideología” equivale, en primer lugar, a obligarnos a ignorar la validez de los axiomas científicos (la hipotenusa al cuadrado equivale a la suma del cuadrado de los catetos, etc.); en segundo lugar, imposibilita absolutamente el ejercicio de cualquier actividad crítica, es decir, de todo ejercicio que trate de establecer criterios diferenciales, clasificatorios, identificadores, discriminatorios, es decir, *analíticos*; en tercer lugar, impone una reducción genérica de la totalidad a una de sus partes, de modo que lo absoluto deja de residir en el sistema para objetivarse y perpetuarse en uno de sus *elementos* relativos, el cual, sin renunciar en manos de la ideología del intérprete a su *relatividad*, se exhibe y manipula como término absoluto sobre la totalidad del cosmos: así se constituyen innumerables mitos posmodernos y numerosas falacias contemporáneas, como la isovalencia de las culturas, la igualdad formal o imaginaria de lo que es científica y materialmente diferente, la fragilidad del pensamiento contemporáneo, o *pensiero devole*, cuando actualmente nada hay de frágil en el Islam o en el Cristianismo, por ejemplo, etc. Afirmar que “todo es ideología” equivale a clausurar de modo acrítico y falaz el ejercicio de la interpretación, y a idealizar sus contenidos en un discurso exclusivamente formal, retórico y sofístico, en el que las *formas* interpretativas están desposeídas por entero de referentes materiales y de contenidos objetivos, es decir, de *verdad*.

En consecuencia, desde la ideología no se puede ejercer una crítica científica, porque dentro del territorio de lo ideológico no es posible percibir las diferencias que exige el conocimiento científico. Los intereses ideológicos no permiten objetivar críticamente las causas, objetivos y sistematización del pensamiento científico. Ninguna ideología resiste, sin crisis y sin lisis, el anclaje en la realidad material, en la realidad efectivamente existente, que el análisis científico exige al contenido de sus formas y lenguajes, los cuales quedan reducidos a ideales utópicos y propagandísticos, a palabras sin referentes materiales, a teoremas de cuerpos inexistentes, a ideas irreales, a deseos fantásticos, a creencias del más variado pelaje, etc., que sólo sirven para satisfacer los intereses prácticos que mueven al ideólogo, pero que casi nunca satisfacen las necesidades materiales de la vida del creyente.

Las *creencias* son sistemas socializados de Conceptos e Ideas que organizan la percepción de partes del mundo, o de su totalidad, en el que vive la sociedad de referencia. Las creencias pueden contener elementos míticos o religiosos, y también racionales, sin que ese racionalismo implique *verdad*, como sucede con la teología, por ejemplo, que se considera a sí misma una ciencia, aunque su objeto de conocimiento -Dios- no exista, pues todo dios es una *forma* carente de *contenido material*. Las *ideologías*, por su parte, son también sistemas de Conceptos e Ideas, igualmente socializadas, pero vinculadas de forma distintiva y específica a un grupo social (clase social, partido político, institución, corporación) que se define en la medida en que se manifiesta en conflicto con otros grupos sociales. Las creencias no contienen formalmente esta relación conflictiva o dialéctica que sí caracteriza a las ideologías.

Es pertinente aquí recuperar la idea de "falsa conciencia" (*falsche Bewutseins*), que usan, aunque nunca definen, Marx y Engels en el contexto de sus análisis de las ideologías, a las que consideran como resultado de "un proceso realizado conscientemente por el así llamado pensador, en efecto, pero con una conciencia falsa; por ello su carácter ideológico no se manifiesta inmediatamente, sino a través de un esfuerzo analítico y en el umbral de una nueva coyuntura histórica que permite comprender la naturaleza ilusoria del universo mental del período precedente" (carta de Engels a Mehring de 14 de junio de 1893)¹⁰.

¹⁰ Apud García Sierra ("Falsa conciencia", 297), quien añade: "Marx entendió las ideologías como determinaciones particulares, propias (*idiologías*) de la conciencia, no como determinaciones universales, al modo de Destutt de Tracy. Y no sólo esto: particulares o propias, no ya de un individuo, sino de un grupo social (en términos de Bacon: *idola fori*, no *idola specus*). La gran transformación que Marx y Engels imprimieron al problema de las ideologías, consistió en haber puesto la temática de ellas en el contexto de la dialéctica de los procesos sociales e históricos, sacándolas del contexto abstracto, meramente subjetivo individual, dentro del cual eran tratadas por los "ideólogos" y, antes aún, por la "Teoría de las Ideas trascendentales" de Kant. Las ideologías, según su concepto funcional, quedarán adscritas, desde Marx y Engels, no ya a una mente (o a una clase distributiva de mentes subjetivas), sino a una parte de la *sociedad*, en tanto se enfrenta a otras partes (sea para controlarlas, dentro del orden social, sea para desplazarlas de su posición dominante, sea simplemente para definir una situación de adaptación). Lo que caracteriza, pues, la teoría de Marx y Engels, frente a otras teorías de las ideologías, es el haber tomado como "parámetros" suyos a las clases sociales ("ideología burguesa" frente al "proletariado"); pero también pueden tomarse como parámetros a otras formaciones o instituciones que forman parte de una sociedad política dada, profesiones (gremios, ejército, Iglesia). Y, asimismo, podrá ser un "pa-

La interpretación científica considera a las ideologías en su contexto dialéctico, es decir, las analiza desde una perspectiva crítica, lo que supone examinarlas como construcciones que tienen que ver con la verdad y la falsedad, y no solamente con la sociología, la psicología, el lenguaje, la pragmática o la política, por ejemplo, lo que equivaldría a tratar a *unas* ideologías desde los criterios de *otras* ideologías. Ésta es la forma de operar del discurso posmoderno, para el que "todo es ideología", desde el momento en que sus criterios de interpretación son únicamente ideológicos, de forma exclusiva y deliberada -y también impúdica-, dada su incapacidad y abulia para actuar de forma crítica, dialéctica y científica. De este modo la posmodernidad ha sustituido la ciencia por la ideología, y simultáneamente ha borrado las diferencias y límites entre los ámbitos científicos y campos categoriales para sustituirlos por un holismo armónico o un monismo metafísico en el que, merced a un relativismo absoluto, todo es uno y lo mismo, todo está relacionado con todo, todo es compatible con todo, todo es igual e isovalente, todo es lenguaje, todo es diálogo, todo es cultura, todo es ideología, incluido el teorema de Pitágoras, la tabla de los números primos, la sílaba en anacrusis que singulariza al pentadecasílabo dactílico, o los cuatro bemoles que en la armadura musical constituyen la tonalidad de Fa menor... Y sin embargo, no todo es ideología, porque la ideología no es el único ingrediente del cosmos, y porque el cosmos mismo es superior e irreductible a cualquier ideología.

Por todas estas razones, el discurso ideológico es para el materialismo filosófico objeto de una gnoseología materialista, es decir, objeto de un análisis crítico y dialéctico de las posibilidades de conocimiento, análisis que toma como referente fundamental la relación de verdad entre la *forma* de expresión del discurso ideológico y los *referentes* objetivos contenidos en esa *forma*, es decir, su *realidad material*. La relación de falsedad que con frecuencia une retóricamente el lenguaje en que se expresan las ideologías con el contenido material que

rámetro" la propia sociedad política ("Roma", "Norteamérica", "Rusia") en cuanto es una *parte* de la sociedad universal, enfrentada a otras sociedades políticas (y así hablaremos de "ideología romana", "ideología yanqui", o "ideología soviética"). En cualquier caso, el concepto de ideología debe ser coordinado con el concepto de "conciencia objetiva" (conciencia social, supraindividual, no en el sentido de una conciencia sin "sujeto", sino en el sentido de una conciencia que viene impuesta al sujeto en tanto éste está siendo moldeado por otros sujetos del grupo social). Y debe ser desconectado del concepto de conciencia subjetiva, que nos remite a una conciencia individual, perceptual, distinta y opuesta a la conciencia objetiva".

las constituye pragmáticamente es la revelación objetiva de su *sofística*. Sólo así el crítico posmoderno puede convencer con argumentos falsos, es decir, mediante el uso de formas retóricas cuyos contenidos no son reales, porque su verificación material es inexistente, imposible o científicamente insostenible. Así se ha construido la hermosa y confortable mentira de la posmodernidad. Sólo un mundo plenamente satisfecho de la explotación que lo ha hecho posible es capaz de desarrollar una ideología cuyo objetivo fundamental reside, en primer lugar, en mantener con vida y esperanza al explotado para perpetuar su explotación, y, en segundo lugar, en sanear sofisticadamente la conciencia del explotador con discursos ideológicos *ad hoc*. Mientras todo sea ideología, no será necesario resolver *materialmente* ningún problema. Bastará hacerlo con palabras. Es el mismo procedimiento que utilizan los magos y los santos. Unos hacen prestidigitación -es decir, mueven prestamente los dedos a la vez que pronuncian palabras sin sentido ni referente-, y otros obran milagros -es decir, son capaces de convencer a alguien para que nos cuente verosímilmente una historia maravillosa y sobrenatural-. Ambos viven del espectáculo, y ambos confían a la palabra todo el poder de transformación de la realidad. Lástima que unos y otros, junto con sus clientes y sus devotos, ignoren algo fundamental: la realidad no está hecha de palabras. La realidad es *materia*. Lo demás es retórica.

Bibliografía citada

- Bueno, Gustavo (1992), *Teoría del cierre categorial*, Oviedo, Pentalfa (5 vols.)
- Bueno, Gustavo (1995), *¿Qué es la ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial. Ciencia y Filosofía*, Oviedo, Pentalfa.
- Bueno, Gustavo (1996), *El sentido de la vida. Seis lecturas de filosofía moral*, Oviedo, Pentalfa.
- Bueno, Gustavo (2003), *El mito de la izquierda: las izquierdas y la derecha*, Barcelona, Ediciones B.
- Cicero Poo, Bruno (2005), "¿Qué es la filosofía según Deleuze?", *El Catoblepas*, 42 (14), <<http://www.nodulo.org/ec/2005/n042p14.htm>> (21/01/2006).
- García Sierra, Pelayo (2000), *Diccionario filosófico. Manual de materialismo filosófico*. Una introducción analítica, Oviedo, Pentalfa.
- Maestro, Jesús G. (2004), *El mito de la interpretación literaria*, Frankfurt, Iberoamericana. Vervuert.
- Maestro, Jesús G. (2006), *La Academia contra Babel. Postulados fundamentales del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea*, Pontevedra, Mirabel Editorial.

Mannheim, Karl (1929), *Ideologie und Utopie*, Bonn, Cohen. Trad. esp. de Salvador Echevarría: *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1997.

Platón, *Parménides, Teeteto, Sofista, Político*, Madrid, Gredos, 1992 (la rempr., la ed.) Traducciones, introducciones y notas por María Isabel Santa Cruz, Alvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero.

MATERIALIZM FILOZOFICZNY I WSPÓŁCZESNA TEORIA LITERATURY

Streszczenie

Współczesna teoria literatury wypełniona jest niespójnymi mitami. Podstawowa słabość, jaką można jej zarzucić, to fałszywe przekonanie lub mit dotyczący trzech jej aspektów, których nie poddaje się krytycznej dyskusji, a które są całkowicie nie do przyjęcia. Mówi się, że współczesna teoria literatury jest eklektyczna, zróżnicowana i krytyczna. To błąd. Powszechnie jest to pospolita, irracjonalnie lub idealistycznie czy też dogmatycznie traktowana interpretacja dzieł literackich, a w szczególności materiału literackiego. Materializm filozoficzny jest reakcją na irracjonalizm i brak kryteriów naukowych, jakie dominują dzisiaj w zakresie teorii literatury, przepełnionej wyrafinowanymi ideologiami, przekonaniem politycznymi i pomieszaniem kulturowym.